

trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos ó tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y á tiempos toman algun pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamandras y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar; y creo averiguadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerian. Guardan las espaldas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello. Entre estos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llévanlo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor á sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinte y cuatro horas que hay entre día y noche no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo mas de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desque amanecese comienzan á cavar y á traer leña y agua á sus casas y dar órden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los mas de estos son grandes ladrones, porque aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo ó su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados á correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche, y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos. Las casas de ellos son de esteras, puestas sobre cuatro arcos; llévanlas á cuestras, y mudanse cada dos ó tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos. Para ellos el mejor tiempo que estos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de día; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas á secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. Muchas veces, estando con estos, nos aconteció tres ó cuatro días estar sin comer porque no lo habia; ellos, por alegrarnos, nos decian que no estuviésemos tristes; que presto habria tunas y comeriamos muchas, y beberiamos del zumo de ellas, y terniamos las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decian hasta que las tunas se hubiesen de comer habia cinco ó seis meses; y en fin, hubimos de esperar aquestos seis meses, y cuando fué tiempo fuimos á comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo mas del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos haciamos al derredor de la gente muchos

fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo; y esta defension nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no haciamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso, gran calor que nos causaban los muchos fuegos, y saliamos á dormir á la costa; y si alguna vez podiamos dormir, recordábanos á palos, para que tornásemos á encender los fuegos. Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan incompartible y mas que este que he dicho, y es andar con tizones en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan y tambien para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y tambien suelen matar venados, cereándolos con muchos fuegos; y usan tambien esto por quitar á los animales el pasto, que la necesidad les haga ir á buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provision y van á buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el día que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los mosquitos, que parece que tienen enfermedad de sant Lázaro; y de esta manera satisfacen su hambre dos ó tres veces en el año, á tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello, puedo afirmar que ningun trabajo que se sufra en el mundo iguala con este. Por la tierra hay muchos venados y otras aves y animales de las que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y paréceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia; unas son pardillas, y otras negras, y á mí parecer tienen mejor y mas gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodela; estas vienen de hácia el norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra mas de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.

## CAPITULO XIX.

De cómo nos apartaron los indios.

Quando fueron cumplidos los seis meses que yo estuve con los cristianos esperando á poner en efecto el concierto que teniamos hecho, los indios se fueron á las tunas, que habia de allí donde las habian de coger hasta treinta leguas; y ya que estábamos para huirnos, los indios con quien estábamos, unos con otros riñeron sobre una mujer, y se apuñearon y apalearon y descalabraron unos á otros; y con el grande enojo que hubieron, cada uno tomó su casa y se fué á su parte; de donde fué necesario que todos los cristianos que allí éramos tambien nos apartásemos, y en ninguna manera nos podimos juntar hasta otro año; y en este tiempo yo pasé

## NAUFRAGIOS, Y RELACION DE LA JORNADA QUE HIZO Á LA FLORIDA.

muy mala vida, así por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios rescebia, que fué tal, que yo me hube de huir tres veces de los amos que tenia, y todos me anduvieron á buscar y poniendo diligencia para matarme; y Dios nuestro Señor por su misericordia me quiso guardar y amparar de ellos; y cuando el tiempo de las tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos á juntar. Ya que teniamos concertado de huirnos, y señalado el día, aquel mismo día los indios nos apartaron, y fuimos cada uno por su parte; y yo les dije á los otros compañeros que yo los esperaria en las tunas hasta que la luna fuese llena, y este día era 1.º de septiembre y primero día de luna; y avisélos que si en este tiempo no viniesen al concierto, yo me iria solo y los dejaria; y así, nos apartamos y cada uno se fué con sus indios, y yo estuve con los míos hasta trece de luna, y yo tenia acordado de me huir á otros indios en siendo la luna llena; y á 13 días del mes llegaron adonde yo estaba Andrés Dorantes y Estebanico, y dijéronme cómo dejaban á Castillo con otros indios que se llamaban anagados, y que estaban cerca de allí, y que habian mucho trabajo, y que habian andado perdidos, y que otro día adelante nuestros indios se mudaron hácia donde Castillo estaba, y iban á juntarse con los que lo tenian, y hacerse amigos unos de otros, porque hasta allí habian tenido guerra, y de esta manera cobramos á Castillo. En todo el tiempo que comiamos las tunas teniamos sed, y para remedio de esto bebiamos el zumo de las tunas y sacábamolo en un hoyo que en la tierra haciamos, y desque estaba lleno bebiamos de él hasta que nos hartábamos. Es dulce y de color de arropo; esto hacen por falta de otras vasijas. Hay muchas maneras de tunas, y entre ellas hay algunas muy buenas, aunque á mí todas me parecian así, y nunca la hambre me dió espacio para escogerlas ni parar mientes en cuáles eran mejores. Todas las mas de gentes beben agua llovediza y recogida en algunas partes; porque, aunque hay rios, como nunca están de asiento, nunca tienen agua conocida ni señalada. Por toda la tierra hay muy grandes y hermosas dehesas, y de muy buenos pastos para ganados; y paréceme que seria tierra muy fructifera si fuese labrada y habitada de gente de razon. No vimos sierra por toda ella en tanto que en ella estuvimos. Aquellos indios nos dijeron que otros estaban mas adelante, llamados camones, que viven hácia la costa, y habian muerto toda la gente que venia en la barca de Peñalosa y Tellez, y que venian tan flacos, que aunque los mataban no se defendian; y así, los acabaron todos, y nos mostraron ropas y armas de ellos, y dijeron que la barca estaba allí al través. Esta es la quinta barca que faltaba, porque la del Gobernador ya dijimos cómo la mar la llevó, y la del contador y los frailes la habian visto echada al través en la costa, y Esquivél contó el fin de ellos. Las dos en que Castillo y yo y Dorantes íbamos, ya hemos contado cómo junto á la isla de Mal-Hado se hundieron.

## CAPITULO XX.

De cómo nos huimos.

Después de habernos mudado, desde á dos días nos encomendamos á Dios nuestro Señor y nos fuimos huuyendo, confiando que, aunque era ya tarde y las tunas se

acababan, con los frutos que quedarian en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor que los indios nos habian de seguir, vimos unos humos, y yendo á ellos, después de visperas llegamos allá, do vimos un indio que, como vió que íbamos á él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras de él, y como vió que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos á buscar aquella gente que hacia aquellos humos. El respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaria allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió á dar aviso de cómo íbamos, y á puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos á ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos rescebieron bien. Dijímosles en lengua de mariames que íbamos á buscarlos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y así, nos llevaron á sus casas, y á Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico, y á mí y á Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y llámase avavares, y son aquellos que solian llevar los arcos á los nuestros y iban á contratar con ellos; y aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos, y aquel mismo día habian llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofresció muchas tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que, aunque no hubiera otras, harto grandes eran abrirnos caminos por tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la habia, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en corazon que nos tratasen bien, como adelante dirémos.

## CAPITULO XXI.

De cómo curamos aquí unos dolientes.

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios á Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado á Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les habia quitado; y fueron á sus casas y trujeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado; cosa que no sabiamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche á que los sanase, y cada uno traia un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabiamos adónde poner la carne. Dimos muchas gracias á Dios porque cada día iba creciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron á bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella hallariamos, y los mantenimientos que en ella habia. Respondiéronnos que por toda aquella tierra habia muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente habia, porque todos eran idos á sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fria y en ella habia muy pocos cueros. Nosotros viendo esto, que ya el invierno y tiempo frio entraba, acordamos de pasarlo con estos. A cabo de cinco días que allí habiamos lle-

gado, se partieron á buscar otras tunas adonde habia otra gente de otras naciones y lenguas; y andadas cinco ornadas con muy grande hambre, porque en el camino no habia tunas ni otra fruta ninguna, allegamos á un rio, donde asentamos nuestras casas, y después de asentadas, fuimos á buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros; y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve mas en buscarla: la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo á buscarlos aquella noche me perdí, y plugo á Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frio aquella noche, y á la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizonos, y volví á buscarlos, y anduve de esta manera cinco dias, siempre con mi lumbré y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la habia, tuviese de qué hacer otros tizonos y no me quedase sin lumbré, porque para el frio yo no tenia otro remedio, por andar desnudo como nascí, y para las noches yo tenia este remedio, que me iba á las matas del monte, que estaba cerca de los rios, y paraba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacia un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cria en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacia cuatro fuegos en cruz, y yo tenia cargo y cuidado de rebacer el fuego de rato en rato, y hacia unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubria en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frio de las noches; y una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo comenzó á arder muy recio, y por mucha prisa que yo me dí á salir, todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que habia estado. En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traia los piés descalzos, corrióme de ellos mucha sangre, y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el norte, porque de otra manera ningún remedio habia de yo vivir; y á cabo de cinco dias llegué á una ribera de un rio, donde yo hallé á mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creian que alguna víbora me habia mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habian caminado con mucha hambre, que esta era la causa que no me habian buscado; y aquella noche me dieron de las tunas que tenian, y otro dia partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisficieron su gran hambre, y nosotros dimos muchas gracias á nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.

## CAPITULO XXII.

Cómo otro dia nos trujeron otros enfermos.

Otro dia de mañana vinieron allí muchos indios y traian cinco enfermos que estaban tollidos y muy malos, y venian en busca de Castillo que los curase, y cada uno de los enfermos ofresció sus arcs y flechas, y él los resebió, y á puesta del sol los santiguó y encomendó á Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podiamos les enviase salud, pues él

via que no habia otro remedio para que aquella gente nos ayudase, y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente, que venida la mañana, todos amanescieron tan buenos y sanos, y se fueron tan recios como si nunca hobieran tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiracion, y á nosotros despertó que diésemos muchas gracias á nuestro Señor, á que mas enteramente conociésemos su bondad, y tuviésemos firme esperanza que nos habia de librar y traer donde le pudiésemos servir; y de mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia que me habia de sacar de aquella captividad, y así yo lo hablé siempre á mis compañeros. Como los indios fueronidos y llevaron sus indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo tunas, y estos se llaman cutalches y malicones, que son otras lenguas, y junto con ellos habia otros que se llamaban coayos y susolas, y de otra parte otros llamados atayos, y estos tenian guerra con los susolas, con quien se flechaban cada dia; y como por toda la tierra no se hablase sino en los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venian de muchas partes á buscarnos para que los curásemos; y á cabo de dos dias que allí llegaron, vinieron á nosotros unos indios de los susolas y rogaron á Castillo que fuese á curar un herido y otros entermos, y dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creia que sus pecados habian de estorbar que no todas veces sucediese bien el curar. Los indios me dijeron que yo fuese á curarlos, porque ellos me querian bien y se acordaban que les habia curado en las nueces, y por aquello nos habian dado nueces y cueros; y esto habia pasado cuando yo vine á juntarme con los cristianos; y así, hube de irme con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico, y cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían, yo vi el enfermo que íbamos á curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente al derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaba muerto; y así, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, segun á mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenia encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué á nuestro Señor fuese servido de dar salud á aquel y á todos los otros que de ella tenian necesidad; y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y lleváronme á curar otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales dí á nuestros indios, que con nosotros habian venido; y hecho esto, nos volvimos á nuestro aposento, y nuestros indios, á quien dí las tunas, se quedaron allá; y á la noche se volvieron á sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo habia curado en presencia de ellos, se habia levantado bueno y se habia paseado, y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos habia curado quedaban sanos y muy alegres. Esto causó gran admiracion y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos á quien esta fama llegaba nos venian á buscar para que los curásemos y santiguásemos sus

lijos; y cuando los indios que estaban en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches, se hobieron de ir á su tierra, antes que se partiesen nos ofrescieron todas las tunas que para su camino tenían, sin que ninguna les quedase, y diéronnos pedernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima. Rogáronnos que nos acordásemos de ellos y rogásemos á Dios que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los mas contentos hombres del mundo, habiéndonos dado todo lo mejor que tenían. Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta haciamos por las lunas. En todo este tiempo nos venian de muchas partes á buscar, y decian que verdaderamente nosotros éramos hijos del sol. Dorantes y el negro hasta allí no habian curado; mas por la mucha importunidad que teniamos, viniéndonos de muchas partes á buscar, venimos todos á ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo mas señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenían que habian de sanar si nosotros los curásemos, que creian que en tanto que allí nosotros estuviésemos ninguno de ellos habia de morir. Estos y los de mas atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron, parecia que habia quince ó diez y seis años que habia acontecido, que decian que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala-Cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenia barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venia á la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parecia á la puerta de la casa un tizon ardiendo; y luego aquel hombre entraba y tomaba al que queria de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luenngo, y metia la mano por aquellas cuchilladas y sacábalas las tripas, y que cortaba de una tripa poco mas ó menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábase lo, y dende á poco se lo tornaba á concertar y poniale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él queria, tomaba el buhío ó casa y subíala en alto, y dende á un poco caía con ella y daba muy gran golpe. Tambien nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venia y á qué parte tenia su casa, y que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo. De estas cosas que ellos nos decian, nosotros nos reiamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron que no lo creiamos, trujeron muchos de aquellos que decian que él habia tomado, y vimos las señales de la mancha que él habia dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquel era un malo, y de la mejor manera que podimos les dábamos á entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no ternian miedo de aquel, ni él osaria

venir á hacelles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaria parecer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían. Estos indios nos dijeron que habian visto al asturiano y á Figueroa con otros, que adelante en la costa estaban, á quien nosotros llamábamos de los higos. Toda esta gente no conocian los tiempos por el sol ni la luna, ni tienen cuenta del mes y año, y mas entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen á madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparescer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con estos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habiamos de comer lo acabábamos, y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubriamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padescimos mucha hambre; que tampoco alcanzan pescado. Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban á madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos nos fuimos á otros que adelante estaban, llamados maliacones; estos estaban una jornada de allí, donde yo y el negro llegamos. A cabo de los tres dias envié que trajese á Castillo y á Dorantes; y venidos, nos partimos todos juntos con los indios, que iban á comer una frutilla de unos árboles, de que se mantienen diez ó doce dias, entre tanto que las tunas vienen; y allí se juntaron con estos otros indios que se llaman arbadaos, y á estos hallamos muy enfermos y flacos y hinchados; tanto, que nos maravillamos mucho, y los indios con quien habiamos venido se volvieron por el mismo camino; y nosotros les dijimos que nos queriamos quedar con aquellos; de que ellos mostraron pesar; y así, nos quedamos en el campo con aquellos, cerca de aquellas casas, y cuando ellos nos vieron, juntáronse después de hablar entre sí, y cado uno de ellos tomó el suyo por la mano y nos llevaron á sus casas. Con estos padescimos mas hambre que con los otros, porque en todo el dia no comiamos mas de dos puños de aquella fruta, la cual estaba verde; tenia tanta leche, que nos quemaba las bocas; y con tener falta de agua, daba mucha sed á quien la comia; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprásemos dos perros, y á trueco de ellos les dimos unas redes y otras cosas, y un cuero con que yo me cubria. Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y como no estábamos acostumbrados á ello, á manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y el aire hacíanse en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que rescebiamos muy gran pena por razon de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas, y hacian que las cuerdas se nos metian por los brazos; y la tierra es tan áspera y tan cerrada, que muchas veces haciamos leña en montes, que cuando la acabábamos de sacar nos corria por muchas partes sangre, de las espigas y matas con que topábamos, que nos rompian por donde alcanzaban. A las veces me aconteció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podia sa-

car ni á cuestras ni arrastrando. No tenia, cuando en estos trabajos me via, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasion de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto mas seria el tormento que de las espinas él padesció que no aquel que yo entonces sufría. Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Haciamos esteras, que son casas, de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer, no quieren ocuparse en nada, por buscar entre tanto qué comer, y cuando entienden en esto pasan muy gran hambre. Otras veces me mandaban raer cueros y ablandarlos; y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el dia que me daban á raer alguno, porque yo lo raia muy mucho y comia de aquellas raeduras, y aquello me bastaba para dos ó tres dias. Tambien nos aconteció con estos y con los que atrás habemos dejado, darnos un pedazo de carne y comérmolo así crudo, porque si lo pusiéramos á asar, el primer indio que llegaba se lo llevaba y comia; parecíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y tambien nosotros no estábamos tales, que nos dábamos pena comerlo asado, y no lo podiamos tan bien pasar como crudo. Esta es la vida que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos con los rescates que por nuestras manos hecimos.

## CAPITULO XXIII.

Cómo nos partimos después de haber comido los perros.

Después que comimos los perros, pareciéndonos que teniamos algun esfuerzo para poder ir adelante, encomendámonos á Dios nuestro Señor para que nos guiase, nos despedimos de aquellos indios, y ellos nos encaminaron á otros de su lengua que estaban cerca de allí. E yendo por nuestro camino llovió, y todo aquel dia anduvimos con agua, y allende de esto, perdimos el camino y fuimos á parar á un monte muy grande, y cogimos muchas hojas de tunas y asámoslas aquella noche en un horno que hecimos, y dímosles tanto fuego, que á la mañana estaban para comer; y después de haberlas comido encomendámonos á Dios y partimonos, y hallamos el camino que perdido habiamos; y pasado el monte, hallamos otras casas de indios; y llegados allá, vimos dos mujeres y muchachos, que se espantaron, que andaban por el monte, y en vernos huyeron de nosotros y fueron á llamar á los indios que andaban por el monte; y venidos, paráronse á mirarnos detrás de unos árboles, y llamámosles y allegáronse con mucho temor; y después de haberlos hablado, nos dijeron que tenían mucha hambre, y que cerca de allí estaban muchas casas de ellos propios, y dijeron que nos llevarian á ellas; y aquella noche llegamos adonde habia cincuenta casas, y se espantaban de vernos y mostraban mucho temor; y después que estuvieron algo sosegados de nosotros, allegámonos con las manos al rostro y al cuerpo, y después traian ellos sus mismas manos por sus caras y sus cuerpos, y así estuvimos aquella noche; y venida la mañana, trajéronnos los enfermos que tenían, rogándonos que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenían para comer, que eran hojas de tunas y tunas verdes asadas; y por el buen tratamiento que nos hacian, y porque aquello que tenían nos lo daban de buena ga-

na y voluntad, y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo, estuvimos con ellos algunos dias; y estando allí, vinieron otros de mas adelante. Cuando se quisieron partir dijimos á los primeros que nos queriamos ir con aquellos. A ellos les pesó mucho, y rogáronnos muy ahincadamente que no nos fuésemos, y al fin nos despedimos de ellos, y los dejamos llorando por nuestra partida, porque les pesaba mucho en gran manera.

## CAPITULO XXIV.

De las costumbres de los indios de aquella tierra.

Desde la isla de Mal-Hado, todos los indios que hasta esta tierra vimos, tienen por costumbre desde el dia que sus mujeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doce años; que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer. Preguntámosles que por qué los criaban así, y decían que por la mucha hambre que en la tierra habia, que acontecia muchas veces, como nosotros viamos, estar dos ó tres dias sin comer, y á las veces cuatro; y por esta causa los dejaban mamar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen, saldrían muy delicados y de pocas fuerzas; y si acaso acontece caer enfermos algunos, déjanlos morir en aquellos campos si no es hijo, y todos los demás, si no pueden ir con ellos, se quedan; mas para llevar un hijo ó hermano, se cargan y lo llevan á cuestras. Todos estos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan á casar con quien quieren; esto es entre los mancebos, mas los que tienen hijos permanescen con sus mujeres y no las dejan, y cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están muy cansados, y entonces se desparten; algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos; que hombres no entran á despartirlos; y por ninguna pasion que tengan no meten en ella arcos ni flechas; y desde se han apuñeado y pasado su cuestion, toman sus casas y mujeres, y vanse á vivir por los campos y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados y sin ira, tórnanse á su pueblo, y de ahí adelante son amigos como si ninguna cosa hobiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque de esta manera se hacen; y si los que riñen no son casados, vanse á otros sus vecinos, y aunque sean sus enemigos, los resciben bien y se huelgan mucho con ellos, y les dan de lo que tienen; de suerte que cuando es pasado el enojo, vuelven á su pueblo y vienen ricos. Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos, como ternian si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas á la orilla del monte mas áspera y de mayor espesura que por allí hallan, y junto á él hacen un foso, y en este duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda, y hacen sus saeteras, y están tan cubiertos y disimulados, que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman las mujeres y niños, y cuando

viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hobiere espías crean que están en ellas, y antes del alba tornan á encender los mismos fuegos; y si acaso los enemigos vienen á dar en las mismas casas, los que están en el foso salen á ellos y hacen desde las trincheas mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar: y cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano en la parte que mejor les parece, y cercanse de trincheas cubiertas de leña menuda, y hacen sus saeteras, con que flechan á los indios; y estos reparos hacen para de noche. Estando yo con los de aguenes, no estando avisados, vinieron sus enemigos á media noche, y dieron en ellos y mataron tres y hirieron otros muchos; de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desde sintieron que los otros se habian ido, volvieron á ellas y recogieron todas las flechas que los otros les habian echado, y lo mas encubiertamente que pudieron los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus casas sin que fuesen sentidos, y al cuarto del alba les acometieron y les mataron cinco, sin otros muchos que fueron heridos, y les hicieron huir y dejar sus casas y arcos, con toda su hacienda; y de ahí á poco tiempo vinieron las mujeres de los que se llamaban quevenes, y entendieron entre ellos y los hicieron amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la guerra. Todas estas gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una familia, se matan de noche por asechanzas, y usan unos con otros grandes crueldades.

## CAPITULO XXV.

Cómo los indios son prestos á un arma.

Esta es la mas presta gente para un arma de cuantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos, toda la noche están despiertos con sus arcos á par de sí y una docena de flechas; y el que duerme tienta su arco, y si no le halla en cuerda, le da la vuelta que ha menester. Salen muchas veces fuera de las casas bajados por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que hay; y si algo sienten, en un punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y así están hasta el dia, corriendo á unas partes y otras donde ven que es menester ó piensan que pueden estar sus enemigos. Cuando viene el dia tornan á aliojar sus arcos hasta que salen á caza. Las cuerdas de los arcos son niervos de venados. La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando siempre de un cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos; tanto, que en semejantes partes pueden rescebir muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos, porque estas armas no aprovechan para ellos en campos llanos, adonde ellos andan sueltos; son buenas para estrechos y lugares de agua; en todo lo demás, los caballos son los que han de sojuzgar, y lo que los indios universalmente temen. Quien contra ellos hobiere de pelear ha de estar muy avisado que no le sientan flaqueza ni codicia de lo que tienen, y mientras durare la guerra hanlos de tratar muy mal; porque si temor les

conocen ó alguna codicia, ella es gente que saben conocer tiempos en que vengarse, y toman esfuerzo del temor de los contrarios. Cuando se han flechado en la guerra y gastado su municion, vuélvense cada uno su camino, sin que los unos sigan á los otros, aunque los unos sean muchos y los otros pocos; y esta es costumbre suya. Muchas veces se pasan de parte á parte con las flechas, y no mueren de las heridas si no toca en las tripas ó en el corazon, antes sanan presto. Ven y oyen mas y tienen mas agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y de sed y de frio, como aquellos que están mas acostumbrados y hechos á ello que otros. Esto he querido contar aquí, porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren á ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardidés, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos.

## CAPITULO XXVI.

De las naciones y lenguas.

Tambien quiero contar sus naciones y lenguas, que desde la isla de Mal-Hado hasta los últimos hay. En la isla de Mal-Hado hay dos lenguas; á los unos llaman de Caoques, y á los otros llaman de Han. En la Tierra-Firme enfrente de la isla hay otros que se llaman de Chorruco, y toman el nombre de los montes donde viven. Adelante, en la costa del mar, habitan otros que se llaman doguenes, y enfrente de ellos otros que tienen por nombre los de Mendica. Mas adelante en la costa están los guevenes, y enfrente de ellos, dentro en la Tierra-Firme, los mariames; y yendo por la costa adelante, están otros que se llaman guaycones, y enfrente de estos, dentro en la Tierra-firme, los iguaces. Cabo de estos están otros que se llaman atayos, y detrás de estos otros acubadaos, y de estos hay muchos por esta vereda adelante. En la costa viven otros llamados quitoles, y enfrente de estos, dentro en la Tierra-Firme, los avavares. Con estos se juntan los maliacones y otros cutalchiches, y otros que se llaman susolas, y otros que se llaman comos, y adelante en la costa están los camoles, y en la misma costa adelante otros á quien nosotros llamamos los de los ligos. Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diversas. Entre estos hay una lengua en que llaman á los hombres por mira acá, arre acá, á los perros xó; en toda la tierra se emborrachan con un humo, y dan cuanto tienen por él. Beben tambien otra cosa que sacan de las hojas de los árboles, como de encina, y tuéstanla en unos botes al fuego, y después que la tienen tostada hinchén el bote de agua, y así lo tienen sobre el fuego, y cuando ha hervido dos veces, échanlo en una vasija y están enfriándola en media calabaza; y cuando está con mucha espuma bébenla tan caliente cuanto pueden sufrir, y desde que la sacan del bote hasta que la beben están dando voces, diciendo que quién quiere beber. Y cuando las mujeres oyen estas voces, luego se paran sin osarse mudar, y aunque estén mucho cargadas, no osan hacer otra cosa, y si acaso alguna de ellas se mueve, la deshonran y la dan de palos, y con muy gran enojo derraman el agua que tienen para beber, y la que han bebido la tornan á